

The background of the cover is a photograph of a person in a brown robe and head covering, seen from behind, looking out over a city at sunset. The city features a prominent domed building and minarets. The sky is filled with golden light and clouds. The title is centered in a white serif font over a semi-transparent dark band.

INTRODUCCIÓN A LOS PROFETAS EN LA BIBLIA

DIÁCONO BERNARDO VANEGAS

*Escuela de Animadores de la Evangelización -
ESAE*

Introducción a los profetas en la Biblia

Una aproximación bíblica y teológica al profetismo del Antiguo Testamento

Diácono Bernardo Vanegas
Teólogo y Bibliista

Escuela de Animadores de la Evangelización – ESAE
Arquidiócesis de Bogotá



Este ebook acompaña la primera sesión del curso bíblico “Introducción a los profetas en la Biblia”, desarrollado en el marco de los espacios de formación de la Escuela de Animadores de la Evangelización (ESAE) de la Arquidiócesis de Bogotá.

El texto busca servir como complemento del video de la charla y de las diapositivas utilizadas durante la exposición, ofreciendo una aproximación accesible y al mismo tiempo profunda al profetismo bíblico.

Más que un estudio exclusivamente académico, este recorrido quiere ayudar a redescubrir cómo Dios continúa hablando en la historia humana a través de la experiencia profética de Israel y de la plenitud de su revelación en Jesucristo.

Sobre el autor

El diácono Bernardo Vanegas se desempeña como coordinador de la Formación Permanente de la Escuela de Animadores de la Evangelización (ESAE) de la Arquidiócesis de Bogotá.

Es teólogo por la Fundación Universitaria Unicervantes, Máster en Sagrada Escritura por la Universidad Internacional de La Rioja y Especialista en Estudios Bíblicos por la Universidad Eclesiástica San Dámaso.

Desarrolla espacios de formación bíblica y teológica orientados a profundizar la fe desde la Sagrada Escritura y la tradición de la Iglesia, buscando integrar el estudio bíblico, la reflexión teológica y la vida pastoral.

Contenido

Los profetas: voz de Dios en la historia	5
Oración	6
¿Qué es un profeta?	7
La idea más común: el profeta y el futuro	8
¿Qué es realmente un profeta?	9
Una clave para entender a los profetas	10
La iniciativa es de Dios	11
La dinámica profética	12
El profetismo en Israel	14
Una clasificación insuficiente	15
La verdadera clave: el momento histórico en el que hablan	16
Los profetas en la historia de Israel.....	17
Antes del exilio: dos momentos de crisis	18
La crisis asiria y el Reino del Norte.....	19
La crisis babilónica y la caída de Jerusalén	21
El exilio: cuando todo parecía perdido	23
Después del exilio: reconstruir la esperanza	25
Panorama histórico de los profetas	26
¿Qué anuncian realmente los profetas?.....	28
Los profetas y su plenitud en Cristo	29
Escuchar hoy la voz profética	31
Para seguir escuchando... ..	33
Para seguir profundizando la Palabra	34
Bibliografía recomendada	34
ESAE	34

Los profetas: voz de Dios en la historia



Los profetas ocupan un lugar fundamental dentro de la historia de la salvación. Sin embargo, muchas veces son percibidos como personajes lejanos, difíciles de comprender o pertenecientes únicamente al pasado. Con frecuencia se les asocia casi exclusivamente con anuncios sobre el futuro, visiones misteriosas o advertencias de catástrofes. Pero la realidad del profetismo bíblico es mucho más profunda.

Al iniciar este recorrido por los profetas de la Sagrada Escritura, es importante comprender que su palabra no quedó encerrada en un momento antiguo de la historia de Israel. La voz profética continúa teniendo fuerza hoy, porque los grandes temas que atravesaron la vida del pueblo de Dios siguen presentes también en nuestro tiempo: la injusticia, la idolatría, el sufrimiento humano, las falsas seguridades, la necesidad de conversión y la búsqueda de esperanza.

Los profetas aparecen precisamente en medio de las crisis. No hablan desde la comodidad ni desde el poder, sino desde una profunda experiencia de escucha de Dios. Son hombres capaces de discernir la realidad con una mirada iluminada por la Palabra divina. Por eso su mensaje muchas veces resulta incómodo, exigente y desafiante, pero también profundamente esperanzador.

A lo largo de este curso iremos descubriendo cómo los profetas acompañaron los momentos decisivos de la historia de Israel: antes del exilio, durante el destierro y en el tiempo de la reconstrucción. Veremos cómo denunciaron el pecado y la injusticia, cómo sostuvieron la esperanza del pueblo en medio del sufrimiento y cómo prepararon progresivamente la expectativa de una salvación definitiva que el cristianismo reconocerá plenamente en Jesucristo.

Este camino no busca únicamente transmitir conocimientos bíblicos o históricos. Busca, sobre todo, ayudarnos a abrir nuevamente el oído y el corazón para reconocer cómo Dios continúa hablando en la historia humana y en nuestra propia vida.

Oración

Antes de acercarnos a la palabra de los profetas, es necesario disponernos interiormente para escuchar. En la tradición bíblica, la escucha no es un acto meramente intelectual; implica apertura del corazón, disponibilidad interior y deseo sincero de dejarse interpelar por Dios. Los profetas fueron precisamente hombres capaces de escuchar profundamente la voz del Señor en medio de la historia. Por eso, iniciar este recorrido desde la oración no es un simple formalismo, sino una manera de entrar en la misma dinámica espiritual del profetismo bíblico.

La Sagrada Escritura muestra constantemente que Dios toma la iniciativa. Él llama, revela, interpela y sale al encuentro de su pueblo. El hombre creyente responde acogiendo esa palabra y permitiendo que transforme su vida. En este sentido, toda experiencia auténtica de fe comienza con la escucha.

Con esta disposición orante iniciamos nuestro camino:

*Ven, Espíritu Santo.
Espíritu de verdad y de vida,
abre nuestro corazón a tu Palabra.*

*Danos un corazón que escuche,
que acoja y que crea.*

*Que tu voz no pase de largo en nuestra vida,
sino que transforme lo más profundo de nosotros.*

Amén.

Esta oración resume, de algún modo, la actitud fundamental del creyente frente a la revelación de Dios: un corazón dispuesto a escuchar. No es casual que la fe bíblica esté profundamente vinculada con el acto de oír. Como afirmará más adelante san Pablo: «La fe nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la palabra de Cristo» (Rm 10,17).

Los profetas fueron hombres cuya vida quedó marcada por esa escucha. Y quizás también hoy, en medio del ruido, de las preocupaciones y de la velocidad de nuestro tiempo, seguimos necesitando aprender nuevamente a escuchar la voz de Dios.

¿Qué es un profeta?

«El profeta no adivina el futuro; interpreta el presente desde Dios.»

Cuando escuchamos la palabra “profeta”, casi espontáneamente pensamos en alguien que anuncia el futuro. Muchas veces imaginamos visiones misteriosas, anuncios de catástrofes o personajes extraordinarios capaces de prever acontecimientos venideros. Esta imagen está profundamente arraigada, incluso entre personas creyentes, y ha influido enormemente en la manera como solemos acercarnos a los libros proféticos de la Biblia.

Sin embargo, aunque esta comprensión contiene algo de verdad, resulta insuficiente para captar el verdadero sentido del profetismo bíblico. Si reducimos al profeta a un simple “adivino religioso”, terminamos perdiendo lo más importante de su misión y de su relación con Dios.

En la Sagrada Escritura, el profeta es ante todo alguien llamado por Dios para hablar en su nombre. Su palabra no nace simplemente de una reflexión personal ni de una opinión propia. El profeta escucha, discierne y transmite una palabra recibida. Por eso los textos proféticos están llenos de expresiones como: «Así dice el Señor». El profeta es, en cierto sentido, una voz prestada: Dios habla a través de él.

Esta dimensión de escucha es fundamental. La característica principal del profeta no es predecir acontecimientos futuros, sino vivir profundamente unido a Dios para poder interpretar la realidad desde su mirada. El profeta contempla la historia con una lucidez espiritual particular. Ve lo que otros no ven. Descubre las raíces profundas de las crisis humanas y espirituales que atraviesa el pueblo.

Por eso la palabra profética suele resultar incómoda. Los profetas denuncian la injusticia, desenmascaran las falsas seguridades, cuestionan la idolatría y llaman constantemente a la conversión. Pero al mismo tiempo, también son hombres de esperanza. Incluso en los momentos más oscuros mantienen viva la confianza en la fidelidad de Dios y en sus promesas.

El biblista y teólogo judío **Abraham Joshua Heschel**, en su obra **The Prophets**, afirma que el profeta bíblico no es alguien indiferente frente al sufrimiento humano, sino una persona profundamente afectada por aquello que hiere el corazón de Dios. El profeta participa, de algún modo, del dolor divino frente a la injusticia y al pecado. Por eso su palabra posee una intensidad tan fuerte y apasionada.

Comprender esto cambia completamente nuestra manera de acercarnos a los profetas bíblicos. Ya no los vemos simplemente como anunciadores de hechos futuros, sino como hombres profundamente insertos en la historia de su pueblo, capaces de discernir espiritualmente lo que está ocurriendo y de revelar, en medio de esa historia concreta, la voz de Dios.

La idea más común: el profeta y el futuro

La idea más extendida sobre los profetas es probablemente esta: el profeta es alguien que predice el futuro. Y ciertamente, algunos textos proféticos contienen anuncios sobre acontecimientos venideros. Sin embargo, si reducimos todo el profetismo bíblico a esa dimensión, terminamos empobreciendo profundamente su significado.

En parte, esta comprensión proviene incluso del lenguaje mismo. La palabra “profeta” puede sugerir la idea de “decir antes”, es decir, anticipar lo que sucederá. A lo largo de la historia, además, la figura del profeta se ha mezclado muchas veces con imágenes de adivinación, predicciones o revelaciones misteriosas sobre el porvenir. Pero el centro del profetismo bíblico no está ahí.

El verdadero profeta no vive obsesionado con descubrir el futuro. Su preocupación principal es interpretar el presente desde Dios. El profeta contempla la realidad concreta de su pueblo —sus injusticias, sus idolatrías, sus sufrimientos, sus falsas seguridades— y la ilumina con la palabra divina. Su misión consiste en ayudar al pueblo a comprender lo que realmente está ocurriendo en profundidad.

Por eso la profecía bíblica está inseparablemente unida a la historia. Los profetas no hablan en abstracto. Hablan en medio de crisis políticas, amenazas militares, corrupción social, decadencia religiosa y momentos decisivos para la vida del pueblo de Israel. Cada palabra profética nace dentro de una situación concreta.

Cuando anuncian un juicio futuro, en realidad están mostrando las consecuencias espirituales de una situación presente. El futuro aparece como prolongación de una realidad que ya se está gestando en el corazón del pueblo. Por eso el anuncio profético no busca satisfacer curiosidades sobre lo que vendrá, sino provocar conversión aquí y ahora.

En este sentido, el profeta posee una profunda lucidez espiritual. Es capaz de ver aquello que otros no logran percibir. Discierne la realidad desde la cercanía con Dios. Y precisamente por eso su palabra resulta muchas veces incómoda, exigente y difícil de aceptar.

El profetismo bíblico nos recuerda así que la verdadera pregunta no es simplemente “¿qué va a pasar?”, sino más bien: ¿qué está ocurriendo realmente en nuestra relación con Dios?, ¿qué está revelando la historia acerca del corazón humano?, ¿qué necesita convertirse? Estas son las preguntas fundamentales que atraviesan toda la predicación profética.

¿Qué es realmente un profeta?

Después de revisar la idea más común sobre el profetismo, podemos comprender con mayor claridad qué significa realmente ser profeta en la Sagrada Escritura. El profeta es, ante todo, aquel que habla en nombre de Dios. No transmite simplemente opiniones personales, reflexiones filosóficas o ideas nacidas de su propia iniciativa. El profeta ha sido llamado, ha escuchado y ha recibido una palabra que debe comunicar al pueblo.

Por eso los libros proféticos están llenos de expresiones como: «Así dice el Señor». La autoridad del profeta no proviene de sí mismo, sino de la palabra que ha recibido. En cierto sentido, el profeta se convierte en una voz a través de la cual Dios mismo continúa hablando en la historia.

Esta dimensión vocacional es fundamental. El profeta no elige simplemente convertirse en profeta; es Dios quien toma la iniciativa. Muchos relatos bíblicos muestran incluso la resistencia inicial de quienes son llamados. Moisés se siente incapaz de hablar; Jeremías se considera demasiado joven; Isaías se reconoce hombre de labios impuros. La experiencia profética nace siempre de una llamada divina que desborda las seguridades humanas.

Esto significa también que la característica principal del profeta no es hablar, sino escuchar. Antes de anunciar una palabra, el profeta debe permanecer atento a la voz de Dios. Su cercanía al Señor es lo que le permite discernir la realidad con profundidad espiritual. Por eso el profeta vive constantemente entre dos dimensiones: la escucha de Dios y la vida concreta del pueblo.

El biblista alemán **Gerhard von Rad** insistía en que la profecía bíblica no puede separarse de la historia de la salvación. El profeta interpreta los acontecimientos históricos desde la acción de Dios en medio de su pueblo. No se trata de una espiritualidad desencarnada, sino profundamente vinculada a la vida real.

En consecuencia, el profeta se convierte muchas veces en una figura incómoda. Su palabra cuestiona las falsas seguridades religiosas, denuncia la injusticia y desenmascara la superficialidad del culto cuando este no se traduce en fidelidad y justicia. Pero al mismo tiempo, el profeta es también un hombre de esperanza. Incluso en medio del juicio y de la crisis, mantiene viva la confianza en la fidelidad de Dios y en sus promesas.

Comprender esto cambia radicalmente nuestra imagen del profeta. Ya no lo vemos como un personaje extraño dedicado exclusivamente a revelar secretos del futuro, sino como alguien profundamente unido a Dios y radicalmente comprometido con la historia concreta de su pueblo.

Una clave para entender a los profetas

«El profeta interpreta el presente desde Dios.»

Existe una clave fundamental que nos ayuda a comprender correctamente el profetismo bíblico: el profeta no adivina el futuro; interpreta el presente desde Dios. Esta afirmación cambia profundamente la manera como leemos los libros proféticos y nos permite descubrir su verdadera misión dentro de la historia de Israel.

Muchas veces, al acercarnos a los profetas, buscamos principalmente anuncios sobre acontecimientos futuros o referencias que puedan relacionarse con hechos posteriores. Sin embargo, el centro de la predicación profética no está orientado primero hacia el futuro, sino hacia la realidad concreta que vive el pueblo en ese momento histórico.

El profeta contempla la situación de Israel —sus injusticias, sus crisis políticas, su idolatría, la corrupción de sus dirigentes, el sufrimiento de los pobres, la falsedad del culto— y la ilumina desde la mirada de Dios. Tiene una especie de lucidez espiritual que le permite descubrir la profundidad de lo que está ocurriendo. Ve aquello que otros no logran ver.

Por eso la palabra profética suele resultar incómoda. El profeta desenmascara las apariencias y rompe las falsas seguridades. Allí donde muchos creen que todo está bien porque existe prosperidad económica o estabilidad política, el profeta percibe una profunda crisis espiritual. Allí donde el pueblo confía excesivamente en el templo, en las instituciones o en las alianzas humanas, el profeta recuerda que la verdadera seguridad solo puede encontrarse en la fidelidad a Dios.

En este sentido, el profeta interpreta el presente desde la alianza. Toda la realidad histórica es leída a la luz de la relación entre Dios y su pueblo. Las crisis no son vistas simplemente como accidentes políticos o militares, sino como signos que revelan el estado espiritual de Israel.

El teólogo Jürgen Moltmann explica en Teología de la esperanza que la historia bíblica está atravesada constantemente por una tensión entre juicio y promesa, entre crisis y esperanza. Los profetas hacen visible precisamente esa tensión. Denuncian el pecado y anuncian sus consecuencias, pero al mismo tiempo mantienen abierta la posibilidad de conversión y de futuro.

Esto explica también por qué la profecía sigue teniendo actualidad. Los profetas no pertenecen únicamente a un pasado lejano. Su manera de discernir la historia desde Dios continúa interpelando también nuestro presente. Las preguntas fundamentales que plantean siguen siendo profundamente actuales: ¿dónde hemos puesto nuestra confianza?, ¿qué injusticias hemos normalizado?, ¿qué ídolos gobiernan nuestra vida?, ¿qué necesita convertirse en nuestro corazón y en nuestra sociedad?

Leer a los profetas es aprender nuevamente a mirar la realidad con ojos iluminados por la Palabra de Dios.

La iniciativa es de Dios

Uno de los rasgos más importantes del profetismo bíblico es que la iniciativa siempre pertenece a Dios. El profeta no busca por sí mismo un mensaje, ni decide convertirse en portavoz divino por iniciativa personal. Es Dios quien llama, quien revela, quien toma la palabra y quien sale al encuentro del hombre.

Esta verdad aparece expresada con fuerza en el libro de Amós:

«No hace nada el Señor sin revelar su secreto a sus siervos los profetas»
(Am 3,7)

Este texto resume de manera profunda la dinámica de la revelación bíblica. Dios no permanece distante o indiferente frente a la historia humana. Él actúa, acompaña a su pueblo y, antes de intervenir, comunica su palabra a aquellos que ha llamado para ser sus mensajeros.

Por eso el profeta no es un personaje que intenta alcanzar a Dios mediante técnicas especiales o conocimientos ocultos. La profecía bíblica no nace del esfuerzo humano por descubrir secretos divinos. Surge, más bien, de un movimiento contrario: Dios toma la iniciativa y se revela gratuitamente.

Esta dimensión es esencial porque muestra que toda la historia de la salvación comienza siempre con un acto de gracia. Dios habla primero. El hombre responde después. Así ocurre con Moisés frente a la zarza ardiente, con Isaías en la visión del templo, con Jeremías cuando escucha que ha sido conocido por Dios desde antes de nacer, y con tantos otros relatos vocacionales del Antiguo Testamento.

La experiencia profética nace precisamente de ese encuentro en el que Dios irrumpe en la vida de una persona y la envía a anunciar una palabra. Muchas veces esta llamada resulta exigente e incluso dolorosa. Los profetas no suelen buscar esa misión; con frecuencia intentan resistirse, se sienten incapaces o experimentan miedo frente a la tarea recibida. Pero la fuerza de la palabra de Dios termina imponiéndose sobre sus propias limitaciones.

El teólogo Joseph Ratzinger insiste en *Introducción al cristianismo* en que la fe bíblica no nace de una reflexión puramente humana sobre Dios, sino de la escucha de una palabra que viene de Él. La revelación tiene siempre un carácter dialogal: Dios habla y el hombre es llamado a responder.

Esto permite comprender también por qué el profeta posee una autoridad tan particular. No habla en nombre propio. Su autoridad proviene de la palabra recibida. El profeta es consciente de que ha sido enviado y de que la palabra que transmite no le pertenece.

En definitiva, el profetismo bíblico nos recuerda que Dios continúa tomando la iniciativa en la historia humana. Él sigue llamando, interpelando y abriendo caminos de conversión y esperanza para su pueblo.

La dinámica profética



«El profeta vive con un pie en Dios y otro en la historia.»

La experiencia profética sigue una dinámica muy clara que aparece constantemente a lo largo de la Sagrada Escritura: el profeta escucha, discierne y anuncia. Estas tres dimensiones permiten comprender no solo la misión del profeta, sino también la profundidad espiritual de su vocación.

Todo comienza con la escucha. Antes de hablar al pueblo, el profeta debe permanecer abierto a la voz de Dios. La profecía nace siempre de una relación viva con el Señor. El profeta no transmite simplemente ideas religiosas o reflexiones personales; comunica una palabra recibida. Por eso la escucha constituye el fundamento de toda auténtica experiencia profética.

Esta escucha no es superficial ni ocasional. Implica disponibilidad interior, sensibilidad espiritual y una profunda cercanía con Dios. El profeta aprende a reconocer la voz divina en medio de la historia concreta de su pueblo. De algún modo, vive constantemente atento a la acción de Dios en los acontecimientos humanos.

Después de escuchar, el profeta discierne. La palabra recibida ilumina la realidad y le permite interpretar lo que está ocurriendo en profundidad. El profeta contempla la historia desde la mirada de Dios. Por eso es capaz de descubrir aquello que permanece oculto para muchos: la raíz espiritual de las crisis, las consecuencias de la injusticia, la falsedad de ciertas seguridades o la necesidad urgente de conversión.

El discernimiento profético no separa nunca la fe de la vida concreta. Los profetas no viven encerrados en una espiritualidad abstracta o desconectada de la realidad. Muy por el

contrario, están profundamente insertos en la historia de su pueblo. Conocen el sufrimiento humano, las tensiones políticas, la corrupción social y las heridas espirituales de Israel.

Finalmente, el profeta anuncia. La palabra escuchada y discernida no puede permanecer en silencio. El profeta experimenta una especie de necesidad interior de comunicar lo que Dios le ha mostrado. Muchas veces esta misión resulta difícil y dolorosa, porque la palabra profética suele generar rechazo, incomodidad e incluso persecución.

El caso de Jeremías es particularmente significativo. En varios momentos expresa el sufrimiento que le provoca su misión, pero reconoce también que no puede callar la palabra de Dios. La profecía aparece así como un fuego interior imposible de contener.

El biblista Walter Brueggemann afirma en *The Prophetic Imagination* que el profeta tiene la misión de romper las falsas percepciones de la realidad y abrir al pueblo hacia el futuro de Dios. Para ello necesita mantenerse en tensión constante entre la escucha de Dios y la vida concreta de la comunidad.

Podría decirse, entonces, que el profeta vive siempre con un pie en Dios y otro en la historia. Su misión consiste precisamente en conectar ambas dimensiones: escuchar la voz divina e iluminar con ella la realidad humana.

El profetismo en Israel

Cuando pensamos en los profetas bíblicos, solemos imaginar figuras individuales como Isaías, Jeremías o Amós. Sin embargo, el fenómeno profético en Israel fue mucho más amplio y complejo. El profetismo no se limitó únicamente a personas aisladas, sino que constituyó un verdadero movimiento espiritual dentro de la historia del pueblo de Dios.

En diversos momentos del Antiguo Testamento aparecen grupos conocidos como “hijos de los profetas”, vinculados en algunos casos a santuarios o comunidades religiosas. Estos grupos muestran que la experiencia profética tenía también una dimensión comunitaria y formativa. Existía una cierta tradición profética que acompañaba la vida religiosa de Israel y que ayudaba a mantener viva la conciencia de la alianza.

Esto significa que el profetismo formaba parte activa de la vida del pueblo. Los profetas no surgían en un vacío religioso o cultural, sino dentro de una historia concreta marcada por la relación entre Dios e Israel. Su misión consistía en recordar constantemente la fidelidad exigida por la alianza y discernir espiritualmente los acontecimientos históricos.

Sin embargo, la Biblia también muestra una tensión importante dentro del mismo fenómeno profético. No todos los que hablaban en nombre de Dios eran verdaderos profetas. Junto a la auténtica palabra profética aparecen también los falsos profetas, aquellos que tranquilizan al pueblo, buscan agradar al poder o anuncian únicamente mensajes de seguridad y bienestar.

Esta tensión se vuelve especialmente visible en figuras como Amós. A diferencia de otros profetas vinculados a círculos institucionales, Amós insiste en que no pertenece a ninguna corporación profética. Se presenta como pastor y cultivador de sicómoros llamado directamente por Dios para anunciar una palabra incómoda al Reino del Norte. Su figura introduce una cuestión muy importante: la autenticidad de la profecía no depende simplemente de pertenecer a una institución religiosa, sino de la fidelidad a la palabra de Dios.

El teólogo judío Abraham Joshua Heschel subraya en *The Prophets* que el verdadero profeta no habla buscando aprobación social ni tranquilidad personal. Su misión nace de una experiencia profunda de Dios que lo impulsa a denunciar aquello que destruye la alianza y hiere la dignidad humana.

Comprender el profetismo como un fenómeno amplio dentro de Israel nos ayuda también a entender mejor el contexto en el que surgieron los grandes libros proféticos. Los profetas forman parte de la vida espiritual, política y social del pueblo. Son hombres insertos en la historia concreta de Israel, profundamente comprometidos con la realidad de su tiempo y radicalmente abiertos a la voz de Dios.

Una clasificación insuficiente

«La clasificación entre profetas mayores y menores no depende de la importancia de su mensaje.»

Tradicionalmente, los libros proféticos de la Biblia suelen dividirse en “profetas mayores” y “profetas menores”. Esta clasificación ha sido ampliamente utilizada en la enseñanza bíblica y puede resultar útil como referencia práctica. Sin embargo, es importante comprender que se trata de una clasificación insuficiente si queremos captar verdaderamente el sentido profundo del profetismo.

La distinción entre “mayores” y “menores” no se basa en la importancia teológica de los profetas, ni en la profundidad de su mensaje, ni en la relevancia de su misión. Responde únicamente a la extensión de los libros. Los llamados profetas mayores —como Isaías, Libro de Jeremías o Libro de Ezequiel— reciben ese nombre simplemente porque sus escritos son más extensos. Los llamados “menores” poseen libros más breves.

Por eso, hablar de profetas “menores” puede resultar incluso engañoso. Profetas como Amós u Oseas tienen una profundidad teológica extraordinaria y han ejercido una enorme influencia en toda la tradición bíblica y cristiana. El hecho de que sus escritos sean más cortos no disminuye en absoluto la fuerza de su mensaje.

Además, esta clasificación corre el riesgo de hacernos perder una dimensión fundamental del profetismo: su inserción histórica. Los profetas no pueden comprenderse adecuadamente aislándolos de las circunstancias concretas en las que hablaron. Su palabra surge siempre en momentos específicos de la historia de Israel y responde a situaciones reales del pueblo.

Por esta razón, resulta mucho más fecundo organizarlos según los grandes períodos históricos en los que desarrollaron su misión. Esta perspectiva permite comprender mejor tanto el contenido de su mensaje como la evolución teológica del profetismo bíblico.

La gran mayoría de los estudios bíblicos actuales prefieren distinguir entre:

- profetas pre-exílicos,
- profetas exílicos,
- y profetas post-exílicos.

Esta clasificación no es únicamente cronológica. Tiene una profunda importancia teológica porque cada etapa histórica revela una manera particular en la que Dios acompaña, corrige, sostiene y guía a su pueblo.

El biblista Gerhard von Rad insiste en Teología del Antiguo Testamento en que la revelación bíblica se desarrolla dentro de la historia de la salvación. Por eso los profetas deben leerse siempre en relación con los grandes acontecimientos históricos que marcaron la vida de Israel.

Comprender esto nos permitirá descubrir que el mensaje profético no es uniforme ni abstracto. A medida que la historia del pueblo avanza, también el lenguaje de los profetas va madurando: primero predominan la denuncia y el llamado a la conversión; luego aparece con fuerza la experiencia del exilio; finalmente surge una esperanza cada vez más profunda orientada hacia la restauración y la expectativa mesiánica.

La verdadera clave: el momento histórico en el que hablan

Para comprender verdaderamente a los profetas bíblicos, es indispensable situarlos dentro del contexto histórico en el que desarrollaron su misión. Esta es quizá una de las claves más importantes para acercarse correctamente a los libros proféticos. La palabra del profeta nunca surge en el vacío. Nace siempre en medio de acontecimientos concretos, crisis reales y situaciones decisivas para la vida del pueblo de Israel.

Cada profeta responde a un momento histórico particular. Algunos hablan durante períodos de prosperidad aparente que esconden profundas injusticias sociales y una grave decadencia espiritual. Otros acompañan tiempos de guerra, invasiones extranjeras, destrucción nacional o destierro. Otros, finalmente, anuncian esperanza en medio de la reconstrucción posterior al exilio.

Por eso, más que clasificar a los profetas según la extensión de sus escritos, resulta mucho más fecundo organizarlos según el momento histórico en el que hablan. Esta perspectiva permite comprender mejor tanto el contenido de su mensaje como la evolución teológica del profetismo bíblico.

La historia de Israel atraviesa varias grandes etapas que marcan profundamente la predicación profética:

- el período previo al exilio,
- el tiempo del destierro en Babilonia,
- y la etapa posterior al retorno y reconstrucción.

Cada uno de estos momentos genera preguntas distintas y provoca acentos diferentes dentro del mensaje profético. Antes del exilio predomina con fuerza la denuncia de la idolatría, de la injusticia y de la ruptura de la alianza. Durante el exilio emerge una profunda reflexión sobre la fidelidad de Dios en medio de la catástrofe y comienza a fortalecerse el lenguaje de la consolación y de la esperanza. Finalmente, en el período post-exílico aparece con mayor intensidad la expectativa mesiánica y escatológica.

El teólogo Gerhard von Rad explica en Teología del Antiguo Testamento que la revelación bíblica acontece dentro de la historia. Dios se manifiesta actuando en los acontecimientos concretos del pueblo de Israel. Los profetas son precisamente intérpretes de esa acción divina en medio de la historia humana.

En esta misma línea, Jürgen Moltmann afirma en Teología de la esperanza que toda la historia bíblica está atravesada por una tensión permanente entre juicio y promesa, entre crisis y esperanza. Los profetas hacen visible esa tensión en cada momento histórico concreto.

Comprender a los profetas desde la historia permite descubrir que su palabra no es abstracta ni desconectada de la realidad. Los profetas son hombres profundamente insertos en la vida de su pueblo. Escuchan a Dios y, desde esa escucha, interpretan espiritualmente los acontecimientos que atraviesa Israel. Por eso su mensaje conserva todavía hoy una enorme capacidad de interpelación.

Los profetas en la historia de Israel

Una vez comprendida la importancia del contexto histórico, podemos organizar el profetismo bíblico según los grandes momentos que atraviesa la historia de Israel. Esta clasificación no solo facilita el estudio de los profetas, sino que permite percibir con mayor claridad la evolución del mensaje profético y la manera como Dios acompaña a su pueblo en medio de las distintas crisis históricas.

De manera general, los profetas pueden agruparse en tres grandes períodos:

- profetas pre-exílicos,
- profetas exílicos,
- y profetas post-exílicos.

Los profetas pre-exílicos desarrollan su misión antes de la destrucción de Jerusalén y del destierro en Babilonia. Su predicación está marcada principalmente por la denuncia de la idolatría, de la injusticia social y de la ruptura de la alianza. Son los grandes profetas del llamado urgente a la conversión.

Los profetas exílicos acompañan al pueblo durante el tiempo del destierro. Israel ha perdido la tierra, la monarquía y el templo. En este contexto dramático, la palabra profética comienza a insistir con fuerza en la consolación, en la fidelidad de Dios y en la esperanza de restauración.

Finalmente, los profetas post-exílicos desarrollan su misión después del retorno a Jerusalén. El pueblo debe reconstruir no solo la ciudad y el templo, sino también su identidad espiritual. En esta etapa se fortalecen especialmente las expectativas mesiánicas y escatológicas.

El biblista Gerhard von Rad insiste en Teología del Antiguo Testamento en que la teología de Israel no puede separarse de la historia de la salvación, porque es precisamente en la historia donde Dios se revela y actúa. Los profetas no son pensadores abstractos ni simples moralistas religiosos; son intérpretes de la acción de Dios en medio de los acontecimientos históricos.

Esta perspectiva histórica permite además descubrir una dinámica profundamente teológica dentro del profetismo. A lo largo de la historia de Israel aparece constantemente una tensión entre juicio y esperanza. Los profetas denuncian el pecado y anuncian sus consecuencias, pero al mismo tiempo mantienen abierta la posibilidad de conversión y de futuro.

Jürgen Moltmann explica en Teología de la esperanza que la historia bíblica está marcada precisamente por esta tensión entre crisis y promesa. Los profetas hacen visible que incluso

en medio de las situaciones más oscuras Dios continúa actuando y abriendo caminos de esperanza.

Por eso estudiar a los profetas no consiste simplemente en aprender nombres o fechas. Significa descubrir cómo Dios acompaña a su pueblo en medio de la historia concreta, cómo corrige, llama a la conversión y sostiene la esperanza incluso en tiempos de crisis profundas.

Antes del exilio: dos momentos de crisis



«Que fluya el derecho como agua y la justicia como arroyo perenne.»

Antes del gran destierro en Babilonia, el pueblo de Israel atraviesa dos grandes crisis históricas que marcarán profundamente la predicación profética y la conciencia religiosa de Israel. La primera está relacionada con el avance del imperio asirio y culmina con la caída del Reino del Norte en el año 722 a.C. La segunda corresponde al ascenso del imperio babilónico y termina con la destrucción de Jerusalén y del templo en el año 586 a.C.

Estas crisis no fueron simples acontecimientos políticos o militares. Los profetas las interpretaron como momentos decisivos en la relación entre Dios y su pueblo. En ellas se pone en juego la fidelidad a la alianza y se revela la profundidad de la crisis espiritual que atraviesa Israel.

El primer gran golpe llega con la caída de Samaría, capital del Reino del Norte, ante el imperio asirio. Israel vive entonces una situación de prosperidad aparente, pero marcada por profundas injusticias sociales, corrupción e idolatría. Los profetas denuncian con fuerza que el pueblo ha roto la alianza y ha sustituido la fidelidad a Dios por falsas seguridades religiosas y políticas.

Más adelante, después de la desaparición del Reino del Norte, el Reino de Judá continúa existiendo durante un tiempo. Sin embargo, las mismas heridas espirituales persisten y terminan conduciendo a una nueva crisis, ahora bajo la amenaza de Babilonia. La destrucción de Jerusalén y del templo en el año 586 a.C. representa uno de los momentos más traumáticos de toda la historia bíblica.

El teólogo Gerhard von Rad explica en Teología del Antiguo Testamento que los profetas interpretan estas catástrofes históricas no como accidentes políticos aislados, sino como manifestaciones del juicio de Dios sobre un pueblo que ha roto la alianza. La historia adquiere así una dimensión profundamente teológica.

Sin embargo, y esto es muy importante, el mensaje profético mantiene una notable unidad a lo largo de ambas crisis. Tanto antes de la caída de Samaría como antes de la destrucción de Jerusalén, los profetas repiten esencialmente el mismo llamado:

- conversión,
- fidelidad,
- justicia,
- y retorno a Dios.

La denuncia de la idolatría y de la injusticia aparece constantemente unida a la invitación a recuperar la relación con el Señor. La palabra profética no busca simplemente anunciar castigos inevitables, sino mover al pueblo a una verdadera conversión del corazón.

Joseph Ratzinger subraya en Introducción al cristianismo que el juicio bíblico nunca debe entenderse únicamente como destrucción. El juicio de Dios tiene también una finalidad pedagógica y salvífica: busca revelar la verdad de la relación entre Dios y el hombre y abrir nuevamente el camino hacia la conversión.

En este sentido, las dos grandes crisis pre-exílicas preparan el escenario para toda la evolución posterior del profetismo. A partir de ellas, el pueblo de Israel deberá replantearse profundamente su comprensión de la alianza, de la historia y de la fidelidad de Dios.

La crisis asiria y el Reino del Norte

Durante el siglo VIII a.C., el Reino del Norte vive un período de prosperidad económica, estabilidad política y crecimiento material. Sin embargo, detrás de esta apariencia de bienestar, los profetas perciben una profunda crisis espiritual y social. La riqueza comienza a concentrarse en unos pocos, aumentan las injusticias, los pobres son explotados y el culto religioso pierde autenticidad. En medio de este contexto emerge con fuerza la gran predicación profética del período asirio.

Los profetas de esta etapa no hablan desde la comodidad ni desde el poder. Hablan desde la mirada de Dios sobre una sociedad que ha perdido el sentido de la alianza. Su palabra denuncia la idolatría, desenmascara la falsedad del culto vacío y llama urgentemente a la conversión.

Entre las figuras más importantes de este período se encuentra Amós. Proveniente del Reino del Sur, Amós es enviado a predicar al Reino del Norte en un momento de aparente prosperidad. Su mensaje resulta particularmente duro porque denuncia con fuerza la injusticia social y la hipocresía religiosa. Para Amós, el verdadero culto a Dios no puede separarse de la justicia hacia el prójimo.

Por eso proclama una de las frases más impactantes de todo el profetismo bíblico:

«Que fluya el derecho como agua
y la justicia como arroyo perenne»
(Am 5,24)

Amós deja claro que Dios no acepta solemnidades religiosas ni sacrificios cuando la vida del pueblo está marcada por la opresión y la injusticia. La alianza con Dios exige también una transformación concreta de la vida social.

Junto a Amós aparece Oseas, cuya predicación introduce una imagen profundamente conmovedora: la relación entre Dios e Israel es comparada con un matrimonio. El pueblo ha sido infiel al Señor como una esposa que abandona a su esposo. A través de esta imagen esponsal, Oseas muestra que la idolatría no es simplemente una falta religiosa externa, sino una ruptura del amor y de la fidelidad a Dios.

Mientras tanto, en el Reino de Judá, figuras como Isaías y Miqueas advierten que Jerusalén tampoco está libre del peligro espiritual que destruyó al Reino del Norte. Isaías insiste especialmente en la necesidad de confiar en Dios y no en alianzas políticas o militares. Miqueas, por su parte, denuncia la corrupción de gobernantes, sacerdotes y falsos profetas.

El teólogo judío Abraham Joshua Heschel afirma en *The Prophets* que el profeta bíblico es alguien profundamente afectado por aquello que hiere el corazón de Dios. El profeta participa del dolor divino frente a la injusticia, la idolatría y el sufrimiento humano.

Heschel desarrolla aquí una idea muy importante: el *pathos divino*. Con esta expresión quiere mostrar que el Dios bíblico no es indiferente frente a la historia humana. Dios se conmueve, ama, corrige y sufre por la infidelidad de su pueblo. El profeta participa precisamente de esa sensibilidad divina. Mira la realidad como Dios la mira y sufre por aquello que hiere el corazón de Dios.

Por eso los profetas hablan con tanta intensidad. Su palabra nace de una profunda experiencia espiritual y de una participación radical en el drama de la alianza entre Dios y su pueblo.

La crisis babilónica y la caída de Jerusalén



Después de la caída del Reino del Norte ante Asiria en el año 722 a.C., el Reino de Judá permanece durante un tiempo más. Sin embargo, las mismas heridas espirituales continúan creciendo: idolatría, corrupción, falsas seguridades religiosas e injusticia social. El pueblo parece no haber aprendido plenamente la lección de la historia.

En este contexto emerge una nueva amenaza: el ascenso del imperio babilónico. Poco a poco Babilonia se convierte en la gran potencia dominante de la región y comienza a ejercer presión sobre Judá. La crisis se desarrolla progresivamente hasta culminar con la destrucción de Jerusalén y del templo en el año 586 a.C., uno de los acontecimientos más dramáticos de toda la historia bíblica.

La caída de Jerusalén representa mucho más que una derrota militar. El pueblo pierde la tierra, la monarquía y el templo, es decir, los grandes signos visibles de su identidad religiosa y nacional. Humanamente, todo parece derrumbarse. Israel se enfrenta entonces a preguntas profundamente dolorosas: ¿ha abandonado Dios a su pueblo?, ¿ha fracasado la alianza?, ¿tiene todavía sentido la esperanza?

El teólogo Gerhard von Rad explica en Teología del Antiguo Testamento que el exilio y la destrucción de Jerusalén constituyen una verdadera crisis teológica para Israel. El pueblo debe replantearse profundamente cómo comprender la fidelidad de Dios en medio del desastre histórico.

En este período destaca especialmente la figura de Jeremías, probablemente uno de los profetas más dramáticos y sufrientes de toda la Escritura. Jeremías anuncia durante décadas la inminencia del juicio y advierte constantemente que la verdadera seguridad no está en el templo ni en las instituciones religiosas, sino en la fidelidad a la alianza.

El pueblo, sin embargo, rechaza repetidamente su palabra. Jeremías contempla con dolor cómo Judá avanza hacia la destrucción sin escuchar el llamado a la conversión. Por eso su experiencia profética está marcada por la persecución, la soledad y un profundo sufrimiento interior.

Aquí aparece nuevamente la reflexión de Abraham Joshua Heschel en *The Prophets* sobre el *pathos divino*. Jeremías es quizá uno de los ejemplos más profundos de esta dimensión. El profeta lleva dentro de sí el dolor de Dios frente al pecado y la infidelidad de su pueblo. Su sufrimiento no es únicamente personal; nace de participar espiritualmente del drama de la alianza rota.

Junto a Jeremías aparecen también otros profetas fundamentales de este período. Sofonías anuncia el “Día del Señor” como un momento de juicio y purificación. Habacuc se enfrenta al escándalo de ver cómo Dios permite que una nación pagana y violenta como Babilonia castigue a Judá. Y Nahúm proclama la caída definitiva de Nínive, mostrando que incluso los grandes imperios están sometidos al juicio de Dios.

Sin embargo, aun en medio de esta oscuridad, la palabra profética no pierde completamente la esperanza. El juicio de Dios no tiene como finalidad la destrucción definitiva del pueblo, sino abrir nuevamente el camino hacia la conversión y la restauración de la alianza.

Joseph Ratzinger explica en *Introducción al cristianismo* que el juicio bíblico nunca es puramente negativo o destructivo. Incluso en medio del castigo permanece abierta la posibilidad de un nuevo comienzo. Esta tensión entre juicio y esperanza se convertirá en uno de los grandes ejes del profetismo bíblico.

El exilio: cuando todo parecía perdido



«Incluso aquello que parece muerto puede volver a recibir vida por la acción de Dios.»

La destrucción de Jerusalén y del templo en el año 586 a.C. marca uno de los momentos más oscuros de toda la historia de Israel. El pueblo ha perdido la tierra prometida, la monarquía davídica y el templo, que representaba el signo visible de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Humanamente, todo parece derrumbarse.

El exilio en Babilonia no fue simplemente una derrota política. Constituyó una profunda crisis espiritual y teológica. Israel debía enfrentarse ahora a preguntas decisivas: ¿ha abandonado Dios a su pueblo?, ¿ha fracasado la alianza?, ¿es posible seguir creyendo lejos de Jerusalén?, ¿puede Dios seguir actuando en tierra extranjera?

En este momento dramático ocurre algo muy importante dentro del desarrollo del mensaje profético. El tono de la predicación comienza a transformarse progresivamente. Si antes predominaban la denuncia, la advertencia y el anuncio del juicio, ahora emerge con fuerza una palabra de consolación y de esperanza.

Podríamos resumir el recorrido profético de esta manera:

Denuncia → Caída → Exilio → Esperanza

El teólogo Gerhard von Rad explica en Teología del Antiguo Testamento que el exilio obliga a Israel a releer toda su historia de salvación y a profundizar su comprensión de la fidelidad de Dios en medio de la catástrofe. Precisamente en el momento en que todo parece perdido comienza a surgir una esperanza nueva y más profunda.

En este contexto aparece la figura de Ezequiel, sacerdote deportado a Babilonia y uno de los grandes teólogos del Antiguo Testamento. Ezequiel comprende algo decisivo: la gloria de Dios no está limitada al templo de Jerusalén. Dios continúa presente incluso en medio del exilio.

Sus visiones anuncian juicio, pero también restauración y renovación interior. Entre todas ellas destaca especialmente la visión de los huesos secos (Ez 37). El profeta contempla un valle lleno de huesos completamente secos, símbolo de un pueblo destruido y aparentemente sin futuro. Sin embargo, el aliento de Dios vuelve a dar vida a esos huesos y los transforma nuevamente en un pueblo viviente.

Esta visión expresa de manera magistral la esperanza bíblica: incluso aquello que parece muerto puede volver a recibir vida por la acción de Dios.

El biblista Walter Brueggemann afirma en *The Prophetic Imagination* que la tarea del profeta consiste precisamente en mantener viva una imaginación de esperanza cuando la realidad parece cerrada y sin futuro. El profeta ayuda al pueblo a descubrir que Dios continúa abriendo caminos allí donde humanamente solo parece haber ruina.

Junto a Ezequiel surge también la voz del llamado Déutero-Isaías (Is 40–55), probablemente el gran profeta de la consolación durante el exilio. Su predicación introduce un cambio profundamente significativo dentro del mensaje profético. Después de décadas de denuncia y advertencia, resuena ahora una palabra nueva:

«Consolad, consolad a mi pueblo»
(Is 40,1)

El exilio no representa el final de la historia. Dios prepara un nuevo éxodo y una nueva liberación. Así como en el pasado liberó a Israel de Egipto, ahora abrirá nuevamente un camino de retorno y restauración.

En estos capítulos aparece además una de las figuras más misteriosas y profundas de toda la Escritura: el Siervo sufriente. Este personaje, marcado por el sufrimiento y la fidelidad, será fundamental para la comprensión cristiana de Jesucristo y de su misión redentora.

Jürgen Moltmann afirma en *Teología de la esperanza* que la esperanza bíblica nace precisamente cuando Dios abre futuro allí donde humanamente solo parece haber fracaso y oscuridad. El Déutero-Isaías constituye una de las expresiones más luminosas de esta esperanza en toda la tradición profética.

Después del exilio: reconstruir la esperanza



El año 539 a.C. marca un nuevo momento en la historia de Israel. El imperio babilónico cae ante los persas y el rey Ciro permite el retorno de los deportados a Jerusalén. Después de décadas de destierro, el pueblo puede regresar finalmente a su tierra.

Sin embargo, el retorno no significa una restauración inmediata ni gloriosa. Los deportados encuentran una ciudad destruida, el templo en ruinas, dificultades económicas, desorganización social y un profundo desánimo espiritual. La gran esperanza alimentada durante el exilio parece chocar ahora con una realidad mucho más pobre y frágil de lo que muchos imaginaban.

Precisamente en este contexto aparecen los profetas post-exílicos. Su misión ya no consiste principalmente en anunciar una catástrofe inminente, sino en sostener la reconstrucción material y espiritual del pueblo. Israel necesita reconstruir no solo sus murallas y edificios, sino también su identidad religiosa y su relación con Dios.

Entre las figuras más importantes de este período se encuentra Ageo, quien insiste especialmente en la reconstrucción del templo como signo visible de la restauración de la alianza y de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Para Ageo, reconstruir el templo significa volver a colocar a Dios en el centro de la vida de Israel.

Junto a él aparece Zacarías, cuya predicación desarrolla un lenguaje lleno de símbolos, visiones y expectativas mesiánicas. Sus textos alimentan la esperanza del pueblo y abren progresivamente el horizonte hacia una esperanza más universal y escatológica.

En ambos profetas aparece una convicción fundamental: Dios no ha abandonado su proyecto de salvación, incluso cuando la realidad histórica parece pequeña, débil o decepcionante.

El teólogo Gerhard von Rad explica en Teología del Antiguo Testamento que la esperanza bíblica no nace de un optimismo ingenuo ni de las capacidades humanas, sino de la confianza en la fidelidad de Dios a sus promesas.

También en este período aparece Malaquías, quien denuncia nuevamente el debilitamiento espiritual del pueblo y la superficialidad del culto. Esto muestra que la restauración exterior no basta si no existe una verdadera conversión interior. El problema de Israel nunca había sido solamente político o militar; era, sobre todo, una cuestión de fidelidad a la alianza.

Dentro de este contexto post-exílico se ubican también los capítulos finales del libro de Isaías (Is 56–66), conocidos habitualmente como Trito-Isaías. Estos textos desarrollan una esperanza cada vez más universal y escatológica. La mirada profética comienza a abrirse hacia horizontes que trascienden la simple restauración política de Israel y apuntan hacia una renovación mucho más profunda de la creación y de la humanidad.

En el Trito-Isaías aparecen temas decisivos como:

- la apertura de la salvación a todas las naciones,
- la esperanza de cielos nuevos y tierra nueva,
- y la expectativa de una intervención definitiva de Dios en la historia.

Todo esto prepara progresivamente el horizonte espiritual en el que más adelante surgirá el Nuevo Testamento.

Joseph Ratzinger afirma en Jesús de Nazaret que toda la esperanza veterotestamentaria permanece en tensión hacia un cumplimiento definitivo que el cristianismo reconocerá en la persona de Jesucristo. El período post-exílico constituye precisamente una etapa decisiva en esa maduración de la esperanza bíblica.

Panorama histórico de los profetas

Al recorrer el conjunto del profetismo bíblico, descubrimos que los profetas acompañan prácticamente todas las grandes crisis de la historia de Israel. No aparecen en tiempos de tranquilidad superficial, sino precisamente cuando el pueblo atraviesa momentos decisivos: corrupción interna, amenazas extranjeras, destrucción nacional, exilio o reconstrucción.

Esto nos permite comprender algo fundamental: el profetismo no puede separarse de la historia concreta del pueblo de Dios. Los profetas no viven aislados de la realidad ni encerrados en una espiritualidad abstracta. Son hombres profundamente insertos en la vida de Israel, capaces de discernir espiritualmente lo que está ocurriendo y de iluminarlo desde la alianza con Dios.

Mirando el conjunto del proceso histórico, podemos organizar el profetismo bíblico de la siguiente manera:

Período	Contexto	Principales profetas
Pre-exílicos	Crisis asiria y babilónica	Amós, Oseas, Isaías, Miqueas, Jeremías, Sofonías, Habacuc, Nahúm
Exílicos	Destierro en Babilonia	Ezequiel, Déutero-Isaías
Post-exílicos	Retorno y reconstrucción	Ageo, Zacarías, Malaquías, Trito-Isaías

Esta visión panorámica permite descubrir una profunda unidad dentro del mensaje profético. Aunque cada profeta posee su propio estilo, sensibilidad y contexto histórico, todos comparten algunas convicciones fundamentales:

- Dios sigue actuando en la historia,
- la infidelidad tiene consecuencias,
- la justicia forma parte esencial de la alianza,
- y la esperanza nunca desaparece completamente.

El biblista Walter Brueggemann explica en *The Prophetic Imagination* que el profeta bíblico tiene la misión de desmontar las falsas seguridades del presente y abrir la imaginación del pueblo hacia el futuro de Dios. La palabra profética rompe la ilusión de autosuficiencia y vuelve a colocar al pueblo frente a la verdad de su relación con Dios.

Al mismo tiempo, esta evolución histórica permite comprender cómo el mensaje profético va madurando progresivamente. En los primeros profetas predomina la denuncia del pecado y el anuncio del juicio. Durante el exilio emerge con fuerza la consolación y la esperanza. Finalmente, en el período post-exílico comienza a intensificarse la expectativa mesiánica y escatológica.

El teólogo Gerhard von Rad señala en *Teología del Antiguo Testamento* que toda la historia profética de Israel prepara gradualmente una esperanza futura que terminará abriéndose hacia una expectativa universal de salvación.

Esta evolución muestra que la historia de Israel no es simplemente una sucesión de acontecimientos políticos o religiosos. Es una historia acompañada constantemente por la palabra de Dios. Los profetas aparecen precisamente como testigos de esa presencia divina que corrige, interpela, sostiene y mantiene viva la esperanza incluso en los momentos más oscuros.

Comprender este panorama general nos permite acercarnos a cada profeta no como una figura aislada, sino como parte de un gran proceso histórico y teológico que atraviesa toda la Sagrada Escritura y prepara progresivamente el camino hacia Cristo.

¿Qué anuncian realmente los profetas?

«La esperanza nace de la promesa escuchada.»

Aunque los profetas vivieron en épocas distintas y enfrentaron situaciones históricas muy diversas, el núcleo de su mensaje mantiene una sorprendente unidad. Los profetas no aparecen simplemente para anunciar acontecimientos futuros ni para satisfacer curiosidades sobre lo que vendrá. Su misión consiste principalmente en llamar al pueblo a recuperar la fidelidad a la alianza con Dios.

Por eso la predicación profética gira constantemente alrededor de algunos grandes temas fundamentales:

- conversión,
- justicia,
- fidelidad,
- y esperanza.

La palabra profética busca provocar una transformación real de la vida del pueblo. Los profetas denuncian el pecado, desenmascaran la idolatría y cuestionan las falsas seguridades religiosas, pero al mismo tiempo mantienen abierta la posibilidad de un nuevo comienzo.

Uno de los aspectos más fuertes del mensaje profético es la relación inseparable entre fe y justicia. Para los profetas, no existe verdadero culto a Dios si el pobre es olvidado o si la sociedad está construida sobre la opresión y la corrupción. La relación con Dios debe reflejarse necesariamente en la manera como el pueblo vive la justicia, la misericordia y la fidelidad.

Amós lo expresa con una fuerza extraordinaria cuando proclama:

«Que fluya el derecho como agua
y la justicia como arroyo perenne»
(Am 5,24)

Del mismo modo, Isaías denuncia un culto vacío que no se traduce en misericordia ni en rectitud de vida. Los sacrificios y celebraciones religiosas carecen de valor cuando el corazón permanece lejos de Dios y la injusticia domina la vida social.

El teólogo judío Abraham Joshua Heschel afirma en *The Prophets* que el profeta bíblico percibe la injusticia humana como algo que hiere el corazón mismo de Dios. Por eso la palabra profética posee una intensidad tan dramática y apasionada. El profeta no denuncia el pecado desde la indiferencia, sino desde una profunda participación en el dolor de Dios frente al sufrimiento humano.

Sin embargo, el mensaje profético no termina en la denuncia. Incluso en los momentos más oscuros aparece siempre la esperanza. Dios permanece fiel a su alianza y continúa abriendo un futuro para su pueblo.

Esta esperanza no nace de un optimismo superficial ni de las capacidades humanas. Surge de la confianza en la promesa de Dios. La esperanza bíblica nace de la palabra escuchada, de la certeza de que Dios continúa actuando en la historia incluso cuando humanamente todo parece perdido.

Aquí aparece una de las intuiciones más profundas de toda la tradición bíblica: la esperanza nace de la promesa escuchada. La fe y la esperanza están profundamente unidas porque ambas brotan de la escucha de la palabra de Dios.

Jürgen Moltmann explica en Teología de la esperanza que la fe bíblica vive orientada hacia el futuro que Dios promete y prepara. La esperanza cristiana no ignora el sufrimiento ni evade la realidad; nace precisamente en medio de la crisis, sostenida por la confianza en la fidelidad divina.

En este sentido, los profetas pueden entenderse como los grandes guardianes de la esperanza de Israel. Incluso cuando anuncian juicio y destrucción, mantienen abierta la posibilidad de conversión y de futuro. Su palabra recuerda constantemente que Dios no abandona a su pueblo y que la última palabra de la historia no pertenece a la destrucción, sino a la fidelidad y a la esperanza.

Los profetas y su plenitud en Cristo



«En Cristo, la Palabra de Dios ya no solo es anunciada: se hace carne.»

Toda la tradición profética del Antiguo Testamento se encuentra orientada hacia una plenitud que el cristianismo reconocerá en la persona de Jesucristo. Los profetas preparan el camino: anuncian la fidelidad de Dios, denuncian el pecado, sostienen la esperanza del pueblo y mantienen viva la expectativa de una salvación definitiva. Sin embargo, el Nuevo Testamento mostrará que la revelación de Dios no culmina simplemente en nuevas palabras proféticas, sino en una Persona.

El prólogo del Evangelio según San Juan expresa esta verdad de manera extraordinaria:

«Y la Palabra se hizo carne»
(Jn 1,14)

En Jesucristo, la Palabra de Dios ya no es solamente anunciada; se hace visible, concreta y definitiva. Dios mismo entra en la historia humana.

Por eso Jesús aparece muchas veces en los Evangelios reconocido como profeta. Después de algunos milagros, la gente exclama:

«Un gran profeta ha surgido entre nosotros»
(Lc 7,16)

Y, sin embargo, Jesús supera radicalmente el profetismo veterotestamentario. Los antiguos profetas hablaban en nombre de Dios; Cristo habla con autoridad propia. Los profetas transmitían una palabra recibida; Jesús es Él mismo la Palabra eterna del Padre hecha carne.

Aquí se encuentra una diferencia decisiva. El profeta dice:

«Así dice el Señor»

Jesús, en cambio, afirma:

«Pero yo les digo»

El teólogo Joseph Ratzinger explica en Jesús de Nazaret que Jesús no puede entenderse simplemente como un profeta más dentro de la historia de Israel, porque en Él la relación entre palabra y revelación alcanza una profundidad completamente nueva. En Cristo, Dios no solo comunica un mensaje: se comunica a sí mismo.

Además, muchos de los grandes temas proféticos encuentran en Cristo su realización plena:

- el Siervo sufriente anunciado por el Déutero-Isaías,
- la nueva alianza proclamada por Jeremías,
- el nuevo corazón prometido por Ezequiel,
- y la esperanza mesiánica desarrollada especialmente en el período post-exílico.

Todo esto converge finalmente en Jesucristo.

El biblista y teólogo Oscar Cullmann afirma en Cristología del Nuevo Testamento que la primera comunidad cristiana comprendió la identidad de Jesús precisamente releendo en Él las grandes figuras y promesas proféticas del Antiguo Testamento.

Esto significa que la lectura cristiana de los profetas no consiste simplemente en buscar “predicciones” sobre Jesús. Es mucho más profundo que eso. El conjunto de la experiencia profética —la alianza, la esperanza, la fidelidad de Dios, la expectativa mesiánica, la promesa de restauración y de salvación— encuentra en Cristo su sentido pleno y definitivo.

Por eso, leer a los profetas desde la fe cristiana significa descubrir cómo toda la historia de la esperanza de Israel converge finalmente en Jesucristo, Palabra definitiva del Padre y cumplimiento de las promesas de Dios.

Escuchar hoy la voz profética



«Dios continúa hablando en la historia humana.»

Al finalizar esta primera aproximación al profetismo bíblico, descubrimos que los profetas no son figuras lejanas ni personajes encerrados en un pasado remoto. Su palabra sigue teniendo una sorprendente actualidad porque las grandes preguntas que atravesaron la historia de Israel continúan presentes también en nuestro tiempo.

La injusticia, la idolatría, las falsas seguridades, el sufrimiento humano, la necesidad de conversión y la búsqueda de esperanza siguen marcando profundamente la vida de las personas y de las sociedades contemporáneas. Por eso los profetas continúan interpelándonos.

Los profetas nos recuerdan que Dios no permanece indiferente frente a la historia humana. Él sigue llamando, corrigiendo, consolando y abriendo caminos de vida para su pueblo. La profecía bíblica no pertenece únicamente al pasado; revela una manera de mirar la realidad desde Dios.

En el fondo, el profeta es alguien capaz de escuchar profundamente la voz del Señor y discernir la historia a la luz de esa escucha. Por eso la profecía no consiste primero en hablar, sino en escuchar. Todo comienza con un corazón abierto a la palabra de Dios.

Joseph Ratzinger explica en *Introducción al cristianismo* que la fe bíblica nace de la escucha de una palabra que viene de Dios y que llama al hombre a entrar en relación con Él. La revelación tiene siempre una estructura dialogal: Dios habla y el hombre es invitado a responder.

En este sentido, toda auténtica vida creyente conserva una dimensión profética. El cristiano está llamado a aprender a leer la realidad desde la Palabra, a discernir los signos de los tiempos y a permanecer abierto a la acción de Dios en la historia.

A lo largo de este recorrido hemos visto cómo los profetas acompañaron las grandes crisis del pueblo de Israel:

- denunciaron la injusticia,
- desenmascararon la idolatría,
- llamaron a la conversión,
- sostuvieron la esperanza durante el exilio,
- y prepararon progresivamente la expectativa de la salvación definitiva.

Sin embargo, quizá uno de los mayores aportes del profetismo bíblico sea precisamente haber mantenido viva la esperanza cuando todo parecía perdido.

Jürgen Moltmann afirma en *Teología de la esperanza* que la esperanza bíblica no evade la realidad ni ignora el sufrimiento. Nace precisamente allí donde Dios promete un futuro incluso en medio de la oscuridad.

Los profetas fueron testigos de esa esperanza. Y también hoy, en medio de nuestras propias crisis personales, sociales y espirituales, seguimos necesitando aprender nuevamente a escuchar esa voz profética que nos llama a la conversión, a la fidelidad y a la esperanza.

Porque la Palabra de Dios continúa hablando en la historia.

Para seguir escuchando...

«La pregunta es si todavía existen corazones dispuestos a escuchar.»

La palabra profética siempre busca provocar una respuesta. Los profetas no hablaban simplemente para transmitir información religiosa o conocimientos sobre Dios. Su misión consistía en despertar el corazón del pueblo, llamar a la conversión y mantener viva la esperanza incluso en medio de las crisis más profundas.

Por eso, al concluir esta introducción al profetismo bíblico, vale la pena detenernos un momento y preguntarnos qué resonancias deja hoy esta palabra en nuestra propia vida.

Tal vez algunos textos proféticos nos han resultado incómodos. Tal vez ciertas denuncias sobre la injusticia, la idolatría o las falsas seguridades siguen interpelando también nuestra realidad actual. Quizá otros mensajes nos han ayudado a redescubrir la fidelidad de Dios y la profundidad de la esperanza bíblica.

Los profetas tienen precisamente esa capacidad: iluminan la historia humana desde la mirada de Dios. Nos ayudan a descubrir que la fe no puede reducirse a prácticas exteriores o a simples ideas religiosas. La verdadera relación con Dios transforma necesariamente la manera de vivir, de actuar y de mirar la realidad.

También hoy seguimos necesitando una mirada profética:

- capaz de discernir los signos de los tiempos,
- sensible frente al sufrimiento humano,
- comprometida con la justicia,
- y abierta a la esperanza que nace de la promesa de Dios.

En medio de un mundo marcado muchas veces por el ruido, la superficialidad y la desesperanza, la experiencia profética nos recuerda la importancia de volver a escuchar. La profecía nace siempre de un corazón que se deja interpelar por la palabra de Dios.

Quizá una de las grandes enseñanzas de este recorrido sea precisamente esta: Dios continúa hablando en la historia humana. La pregunta es si todavía existen corazones dispuestos a escuchar.

Los profetas fueron hombres profundamente insertos en su tiempo, pero radicalmente abiertos a Dios. Y tal vez también nosotros estamos llamados hoy a recuperar algo de esa sensibilidad espiritual que les permitió discernir la realidad desde la luz de la Palabra.

Este recorrido apenas comienza. En las siguientes sesiones iremos profundizando en cada uno de los grandes profetas y descubriremos cómo, en medio de contextos históricos concretos, fueron capaces de mantener viva la esperanza del pueblo de Dios y de preparar progresivamente el camino hacia Cristo.

Para seguir profundizando la Palabra

*«Dios continúa hablando en la historia humana.
La pregunta es si todavía existen corazones dispuestos a escuchar.»*

Este ebook acompaña la primera sesión del curso bíblico “Introducción a los profetas en la Biblia”, desarrollado por la Escuela de Animadores de la Evangelización (ESAE) de la Arquidiócesis de Bogotá.

El recorrido continúa en las siguientes sesiones, profundizando en la vida, contexto histórico y mensaje de los grandes profetas del Antiguo Testamento y su relación con la esperanza cristiana.

Bibliografía recomendada

Sagrada Escritura

- Biblia de Jerusalén.

Estudios bíblicos y teológicos

- Heschel, Abraham Joshua. The Prophets.
- von Rad, Gerhard. Teología del Antiguo Testamento.
- Sicre, José Luis. Profetismo en Israel.
- Bright, John. La historia de Israel.
- Moltmann, Jürgen. Teología de la esperanza.
- Chapa, Juan. Introducción al Antiguo Testamento.

Recursos complementarios

- Catecismo de la Iglesia Católica.
- Documentos de la Pontificia Comisión Bíblica.

ESAE

Escuela de Animadores de la Evangelización
Arquidiócesis de Bogotá

Formación bíblica y teológica para cultivar la fe.

YouTube: @DiaconoBernardoVanegas

Instagram: @diaconobernardov

www.esae.com.co

Mayo 2026